

MONS. RICARDO BLÁZQUEZ PÉREZ*

DISCERNIMIENTO DEL CARISMA TERESIANO

Santa Teresa de Jesús es una mujer que brilla como un astro radiante en el firmamento de la Iglesia a lo largo de su historia. Fue una monja contemplativa del siglo XVI, que posee una enorme capacidad de convocatoria seguramente porque tiene mucho que decirnos también al empezar el siglo XXI, a jóvenes y a adultos, por supuesto a los católicos, pero también a cristianos de otras confesiones, a personas de otras religiones e incluso a no creyentes pero acuciados por la búsqueda de la verdad y del sentido profundo de la vida, en definitiva de Dios. Santa Teresa no ha quedado arrumbada en el olvido del pasado cada vez más distante. Está viva y su vida y escritos continúan hablándonos. Es llamativo que la multitud de iniciativas que se han puesto en marcha durante este año del V Centenario de su nacimiento hayan encontrado una respuesta tan concurrida y generosa.

1. LOS CARISMAS, ACTUACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y SIGNO DE LA PRESENCIA DE JESUCRISTO EN LA IGLESIA

Santa Teresa de Jesús es una mujer carismática por excelencia. Los dones recibidos de Dios creador, redentor y santificador han sobresalido

* Cardenal arzobispo de Valladolid. Presidente de la Conferencia Episcopal Española.

en su tiempo y en el discurrir posterior de la historia; recibió una experiencia cristiana profunda que supo analizar personalmente y exponer con viveza por escrito; su carisma fue sometido a discernimiento y fue reconocido como don del Espíritu por la Iglesia. Este carisma abarca su experiencia de Dios honda y luminosa, los rasgos originales de su reforma carmelitana, sus escritos largos, geniales y chispeantes de luz, su vida y actuación general. Ella no se negó a ser eclesialmente escrutada por las personas competentes y autorizadas; esta disponibilidad muestra que la verdad era una de las grandes pasiones de su vida, que no quería engañarse a sí misma ni mentir o simular, ya que en todo ello estaba en juego la honra de Dios y la salvación de las almas.

Por este conjunto de factores y perspectivas es un excelente ejercicio eclesial acercarnos al carisma de Teresa con gratitud a Dios por los dones otorgados a ella, con amor a la Iglesia del Señor, con obediencia al Evangelio que es mensaje vivificador para los hombres y mujeres de ayer y de mañana, con responsabilidad por una tradición viviente que es una oportunidad para nosotros también hoy. Todos estamos preocupados por las personas que son regalo espléndido de Dios.

El Concilio Vaticano II expuso de manera autorizada y suficiente el sentido de los carismas en la Iglesia. En el documento fundamental enseñó: «El Espíritu Santo no sólo santifica y dirige al Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición distribuyendo a cada uno según quiere (1 Cor. 12, 11). Con estos dones los hace aptos y prontos para asumir diversas tareas y oficios útiles para la renovación y edificación permanente de la Iglesia, según aquellas palabras: A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común (1 Cor. 12, 7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los ordinarios y comunes, deben ser recibidos con gratitud y alegría, pues son muy útiles y apropiados a las necesidades de la Iglesia. Los dones extraordinarios, sin embargo, no hay que pedirlos temerariamente ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos de las obras apostólicas; el juicio acerca de su autenticidad y la regulación de su ejercicio pertenece a aquellos que presiden la Iglesia, a los cuales compete especialmente no apagar el Espíritu, sino examinarlo todo y quedarse con lo bueno (1 Tes. 5, 12. 19-21) (*Lumen gentium*, 12 b).

El Evangelio según San Juan contiene en el marco de la última cena de Jesús con sus discípulos cinco anuncios del Espíritu Paráclito,

orientados al tiempo posterior a su muerte y glorificación (Jn. 14, 15-17; 14, 25-26; 15, 26-27; 16, 4 b-11; 16, 12-15). A esos dichos pertenecen los siguientes versículos: «Yo pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad» (Jn. 14, 16-17). «El Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho» (14, 26). «Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí, y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo» (15, 26-27). «Os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito» (16, 7).

Jesús está presente en la Iglesia hasta final de los tiempos, según lo prometió a los discípulos (cf. Mt. 28, 16-20). Como la historia no se detiene, sino que en cada generación surgen novedades, el Señor por su Espíritu nos acompaña, ilumina el sentido de los acontecimientos y testifica el Evangelio en cada situación histórica. Una manera relevante de la presencia ininterrumpida y creativa del Señor sucede por los carismas del Espíritu Santo. Acontecen efusiones del Espíritu que capacitan a la Iglesia para hacer una síntesis fiel y vital del Evangelio eterno y del tiempo presente, de la memoria de Jesús y de la novedad histórica. Hay personas, guiadas especialmente por el Espíritu de la verdad, que descubren con una penetración singular los caminos del Evangelio en cada coyuntura de los hombres. Prestan de esta manera un servicio excelente a la misión de la Iglesia. Los carismas son simultáneamente dones del Espíritu del Señor a la Iglesia a través de cristianos concretos, fieles a lo que hemos recibido (cf. Judas, 3), testifican la verdad en el tiempo, alumbran en la Iglesia perspectivas renovadoras de su vida y le abren horizontes misioneros.

El discernimiento eclesial se ejerce en los campos de la vida y misión de la Iglesia, caracterizados por el impacto de lo nuevo. Versa sobre realidades que no son simple prolongación del pasado, sino irrupción de una novedad que inicialmente puede sorprender y extrañar, atraer y suscitar incertidumbres. Enumero algunas realidades que en cada situación deben ser discernidas: El «sentido de la fe» como penetración especial en lo recibido y profesado (cf. *Lumen gentium* 12 a); experiencias espirituales con mayor o menor originalidad; descubrimiento de la propia vocación en la Iglesia; proyectos de «reformas» en la Iglesia que desean superar «deformaciones» y tienden a una mayor «conformidad» con el

Evangelio; fundación de nuevas familias espirituales o congregaciones religiosas; eventual reforma de las mismas; propuestas de renovación espiritual y pastoral; publicaciones en orden a la iniciación cristiana y a la profundización en la fe; iniciativas evangelizadoras en contextos culturales nuevos, etc. Por estas numerosas vías va guiando a la Iglesia y sus fieles el Espíritu Santo a la verdad plena de lo que fue revelado por Jesucristo. La fidelidad a lo transmitido por el Señor no es sólo el aprendizaje de unos escritos; comprende también respuesta inédita y fiable a cuestiones nuevas.

Nos parecen muy acertadas las siguientes expresiones sobre el alcance de la actuación del Espíritu Santo: «La novedad consistirá en enseñar y recordar todo lo que Jesús había dicho. Novedad no cuantitativa, sino cualitativa; novedad sobre la base de lo ocurrido en el pasado; proclamación actual sobre la base de lo transmitido; actualización sobre la base de la tradición; actualización del Espíritu sobre la base de lo dicho y hecho por Jesús»¹. «El Espíritu Paráclito no es poste repetidor, sino central creadora de luz siempre nueva»... (ib. P. 319). El Espíritu Santo actualiza, apropia y personaliza a cada fiel cristiano lo que Jesús dijo, hizo y es (cf. 1 Cor. 12, 3). Por el Espíritu Santo el Evangelio no es publicidad sino mensaje vivo de salvación. Todo esto tiene una elocuencia peculiar en los cristianos agraciados con dones carismáticos del Espíritu Santo. Santa Teresa de Jesús emerge en la historia de la Iglesia por el relieve de su carisma y por el discernimiento del mismo.

2. DOS DOCUMENTOS SOBRE EL DISCERNIMIENTO DEL CARISMA TERESIANO

A) «ESTA MONJA»

Para la historia del discernimiento eclesial del carisma de Santa Teresa tiene particular relieve *La Relación 4* (en la edición de los PP. Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink en la BAC Madrid 1962 aparece como *Cuenta de Conciencia 53*) que comienza con las dos palabras que encabezan este apartado. Fue escrita en Sevilla probablemente el año

¹ F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Evangelio según San Juan*, en *Comentario al Nuevo Testamento III*, 3ª ed. Madrid 1955, 315.

1576. El estilo de la *Relación* se caracteriza por lo siguiente: «Escrita en tercera persona, como un reportaje de sí mismo intencionadamente impersonal; en tono de deposición oficial, destinado en definitiva a lectores que representan un organismo jerárquico, la Inquisición»². En el escrito narra su experiencia espiritual y declara su postura ante el representante de la jerarquía de la Iglesia. La *Relación* teresiana logró tranquilizar a la Inquisición.

Había sido acusada a la Inquisición por tres motivos: El libro de la *Vida*, sus *monjas* y su *espíritu*. La *Vida* había sido denunciada por la princesa de Éboli, humillada porque la comunidad de la Madre Teresa había abandonado el convento de Pastrana. Entregado el manuscrito de la autobiografía a los inquisidores, éstos lo consignan al P. Domingo Báñez para que estudiara y calificara su contenido. En Valladolid, el día 7 de julio de 1575, firma su voto a favor del libro y del espíritu de la autora. Más adelante volveremos sobre este informe del insigne teólogo dominico.

Las *monjas*, especialmente la comunidad de Sevilla, desde donde escribe la *Relación* Santa Teresa, han sido acusadas de proximidad a los «alumbrados». «Pero afortunadamente la transparencia de alma y de respuestas de la Madre bastan a deshacer la maraña de embustes urdida por los delatores» (ib. p. 146).

Sobre el «espíritu» de la Madre Teresa persistía una cierta sombra, de modo que tuvo que emplearse a fondo tanto por la sinceridad de la exposición como por los refrendos autorizados que adujo.

En Teresa se unen admirablemente la sinceridad de lo que vive con la aceptación inequívoca del juicio de la autoridad de la Iglesia. «En el fondo del relato, el episodio teresiano es un caso típico de ajuste y equilibrio entre carisma y obediencia. Planteado con algo de dureza por el lado de la jerarquía en aquel momento hipersensible a la presencia de ciertos carismas. Por el lado de la carismática, aceptado y resuelto sin conflicto. Ella se siente realmente carismática. En términos suyos, se siente movida por un “espíritu” que ella necesita saber si es o no auténtico: de Dios o no. Y esa necesidad de discernimiento se traduce sin términos medios en exigencias de refrendo de parte de la Iglesia, a través de órganos competentes, que no sólo la representen, sino que avalen la conformidad de

² T. ÁLVAREZ, «*Esta monja*». *Carisma y obediencia en una Relación de Santa Teresa*: Monte Carmelo 78 [1970] 143-144.

su espíritu con la Sagrada Escritura, y autentifiquen el contenido de su experiencia con el de la fe católica» (ib. p. 148). La santidad no se discierne a sí misma; necesita del parecer del «letrado», es decir, del «docto en teología y Escritura». Al teólogo corresponde discernir y garantizar el espíritu del «espiritual». Teresa se presta lealmente a ser discernida por el teólogo y, por supuesto, por el magisterio auténtico de quienes en virtud de la sucesión apostólica presiden la Iglesia.

En la Relación enumera una lista de diez jesuitas y otra de nueve domicios con solvencia teológica. Entre ambas listas introduce tres nombres excepcionales: Fray Pedro de Alcántara, Francisco de Soto y el «maestro» Juan de Ávila. Avalada con estos hombres de fiar, expone francamente lo que vive, sabiendo que el resultado del discernimiento no procede tanto de su convicción como de la autoridad de la Iglesia. Conciencia y obediencia estaban en Teresa estrechamente unidas; voluntad honda de no ofender a Dios y vivir en la comunión de la Iglesia. A la Sagrada Escritura y la fe católica se remitía por encima de su experiencia. Nunca fue tentación para Teresa anteponer su experiencia a la fe de la Iglesia, o de otra manera, convertir su experiencia en medida de lo cristiano. No se sabe en ocasiones qué admirar más si su obediencia inequívoca o su libertad atrevida.

El estilo impersonal, redactado en tercera persona, no era habitual en Santa Teresa, que pasa a introducir su persona al mínimo descuido en la exposición. Por ejemplo, «estando así con esta aflicción, tal que no se puede encarecer, con sólo entender esta palabra en lo interior: “Yo soy, no hayas miedo”, quedaba el alma tan quieta y animosa y confiada, que no podía entender de dónde le había venido tan gran bien»³. Lo biográfico salta al primer plano.

B) CENSURA DEL P. DOMINGO BÁÑEZ EN EL AUTÓGRAFO DE LA VIDA

Es el informe de un gran teólogo, hondamente arraigado en el suelo de la Iglesia y abierto a los carismas del Espíritu y a los caminos nuevos de Dios.

Se apoya en el texto neotestamentario del 1 Tes. 5, que cita también *Lumen gentium* 12, como hemos reproducido arriba. Sto. Tomás de

³ SANTA TERESA, *Relación* 4, 16 en: Obras completas, T. ÁLVAREZ, 12ª edición Burgos 2002.

Aquino le respalda en acentuar la diligencia que debe existir en la Iglesia para examinar los dones de particulares con el bien o el daño que pueden causar. Se impone, por ello, responsabilidad en el discernimiento.

La primera reacción ante lo nuevo no debe ser la sospecha y el miedo, que en aquel tiempo eran bastante generalizados y sobre todo en relación con las mujeres. Hay quienes «espantan a las almas que van por camino de oración y perfección, diciendo que son caminos peligrosos y singularidades, y que muchos han caído en errores yendo por este camino, y que lo más seguro es un camino llano, común y carretero»⁴.

El P. Báñez declara, después de un estudio atento, que en el libro de Teresa de Jesús, monja carmelita y fundadora de las descalzas carmelitas, «no he hallado cosa que a mi juicio sea mala doctrina» (p. 178). Introduce una distinción en su valoración, que es necesaria siempre y muy saludable también hoy. Una cosa son los fenómenos extraordinarios y otra la conformidad de vida y enseñanza de Teresa con el Evangelio. «Ninguno ha sido más incrédulo que yo en lo que toca a sus visiones y revelaciones, aunque no en lo que toca a la virtud y buenos deseos suyos, porque de esto tengo grande experiencia de su verdad, de su obediencia, penitencia, paciencia y caridad con los que la persiguen y otras virtudes que quien quiera que la tratare verá en ella. Y es lo que se puede preciar como más cierta señal del verdadero amor de Dios que las visiones y revelaciones y arrobamientos, antes sospecho que podrían ser de Dios como en otros santos lo fueron. Más en este caso siempre es más seguro quedar con miedo y recato...» (cf. 2 Cor. 12, 1 ss.). «De una cosa estoy yo bien cierto cuanto humanamente puede ser: que ella no es engañadora, y así merece su claridad que todos la favorezcan en sus buenos propósitos y buenas obras» (ib. p. 179). «Esta mujer, a lo que muestra su relación, aunque ella se engañase en algo, a lo menos no es engañadora» (p. 178). Este fue el dictamen del P. Domingo Báñez, «maestro» y «consultor del Santo Oficio», residente a la sazón en el Colegio de San Gregorio de Valladolid. La calidad cristiana de la oración es acreditada con el amor a la verdad, tanto por la pasión interior y como por la palabra pronunciada, la caridad sacrificada, la paciencia en las pruebas. Incluso los fenómenos místicos reciben de la vida evangélica de Teresa una recomendación del maestro Báñez.

⁴ Ed. de las Obras Completas por los PP. Efrén y Steggink en BAC, p. 178.

A los «letrados» pide Teresa que le digan si su experiencia está o no de acuerdo con la Sagrada Escritura y con lo que «tiene» la Iglesia. Los «espirituales» pueden ayudarle eficazmente por el conocimiento interno de Dios y por la sintonía con el espíritu del Evangelio. Y sobre el Magisterio de la Iglesia escribió: «En todo me sujeto a lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana que en esto vivo y protesto y prometo vivir y morir» (7 Moradas 4, 24).

3. ALGUNOS PRINCIPIOS DE DISCERNIMIENTO TERESIANO

Sin ánimo de ser exhaustivo ni sistemático, indico a continuación algunos principios de discernimiento eclesial, que actúan en Santa Teresa en virtud de su lúcida radicación en la Iglesia, que es familia de la fe y columna de la verdad. Teresa nació por el bautismo en la Iglesia y la Iglesia nació en el alma de Teresa. Cuando el 4 de octubre de 1582 da gracias a Dios porque muere «hija de la Iglesia», además de ser una manifestación de gratitud, probablemente es también una exclamación de victoria de la gracia de Dios en ella; a pesar de la dureza de los tiempos, «tiempos recios» escribió ella, consciente de su existencia arriesgada por la hondura y novedad de su experiencia; a pesar de haber padecido grandes dificultades exteriores y dudas interiores, ha luchado hasta el final, ha llegado hasta la meta y ha mantenido la fe (cf. 2. Tim. 4, 7). La llamada especial de Dios la ha complicado exteriormente la vida y la ha inquietado por dentro. Puso en Dios las llaves de su voluntad y no se ha retirado de la brecha (cf. *Vida*, 20, 22).

Teresa pasó bastante tiempo indecisa entre sentarse a la mesa de Dios o a la mesa del mundo. Cuando estaba con Dios sentía el tirón del mundo y cuando estaba enredada en las cosas de mundo recordaba a Dios. Esta indecisión le producía fatiga, desgana, sequedad, insatisfacción. En bastantes momentos de sus escritos expresa este malestar. Su vida transcurría con tibieza y mediocridad, sin determinarse por Dios, que llamaba incesantemente a su puerta. Santa Teresa pasó mucho tiempo entre distracciones y llamadas de Dios. Iba tirando sin tomar la vida en serio como vocación y misión de Dios. Ni decía sí, ni decía no; ni hallaba asiento en Dios fiel ni estaba tranquila coqueteando con el mundo, perdiendo el tiempo, dando largas. «Mañana respondía para lo mismo responder mañana»... pero Dios se hacía llamada y aguijón incesantes.

Lo que sintió en el tiempo de convalecencia Ignacio de Loyola, también de alguna forma acontecía en Teresa. «Cuando pensaba en las cosas del mundo, ello le producía de momento un gran placer; pero cuando, hastiado, volvía a la realidad, se sentía triste y árido de espíritu; por el contrario, cuando pensaba en la posibilidad de imitar las austeridades de los santos, no sólo entonces experimentaba un intenso gozo, sino que además tales pensamientos lo dejaban lleno de alegría»⁵. Esta sucesión de pensamientos y la atención a la diferencia de efectos en su alma –unos pensamientos lo dejaban triste y otros, alegre– le ayudó a comprender lo que sobre la discreción de espíritus enseñaría más tarde. La vanidad siembra vaciedad; la verdad siembra gozo en la luz. En el discernimiento de los espíritus para juzgar si vienen de Dios, del mundo o de la propia persona, es un criterio importante verificar qué poso queda en el alma y qué derrama en el corazón, si la alegría en el bien laborioso o el hastío en el placer efímero⁶.

Teresa buscó luz por todas partes para discernir lo que ocurría en su alma y en su vida. No quería correr en vano, y menos ser infiel a Dios y desviar a otras personas de sus caminos. Se ha prestado al discernimiento que muchas personas podían practicar, unas por el instinto de la fe y de la vida cristiana transparente, otras por el conocimiento teológico, otras por la experiencia espiritual y otros porque en la Iglesia Dios los ha encargado de presidir y ser maestros auténticos en la fe apostólica (prelados, obispos, general de la Orden), que tiene su origen en la revelación de Dios por Jesucristo y su Espíritu. No se conforma con cualquier respuesta; siguiendo la verdad intuita hace avanzar el discernimiento requerido. Busca sincera y fielmente hasta el fondo. Genialmente escribió «la verdad padece pero no perece», ya que sabía que la verdad puede doblar pero no quiebra, que puede padecer ofuscaciones el hombre para reconocerla, pero no se apaga ni se extingue. Mendigando luz y verdad trata su caso con cristianos señalados por el sentido de la fe, con sus confesores, con «espirituales» (San Pedro de Alcántara fue decisivo para fundar en pobreza), con los «letrados» (el maestro P. Domingo Báñez sobresalió para discernir teológicamente su carisma), con los «superiores» puestos por el Señor en la Iglesia y en la Orden. La lista de personas que de una u otra forma la han ayudado es muy larga: Francisco de Salcedo,

⁵ L. GONÇALVES DE CÁMARA, *Lectura del Oficio de las Horas III*, 1417.

⁶ Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 329.

Guiomar de Ulloa, Gaspar Daza, Pedro Ibáñez, Baltasar Álvarez, Fco. de Borja, Pedro de Alcántara, Domingo Báñez, García de Toledo, Juan de Ávila, etc.

«La contradicción de buenos» fue uno de sus mayores trabajos. Porque la Iglesia es comunión de personas, ministerios y carismas en la fe y en la misión, cada uno tiene su lugar en ella, que debe ser como una «sinfonía» en el mismo espíritu. Sabe que si Dios otorga un don concreto es para edificar la Iglesia, no para destruirla; está destinado a servir a los demás, no a confundirlos. Discierne Teresa al hilo de los acontecimientos, de modo que experiencia interior, comunicación con otras personas y hechos concretos se unen en el escrutinio del carisma. Aprovechó el momento oportuno para actuar. En su itinerario oteaba vigilantemente para percibir los signos de los tiempos. Escuchaba por fuera y buscaba por dentro. Administraba el silencio con sabiduría humana y cristiana para que los comentarios no obstaculizaran la gestación de la iniciativa. Si en ocasiones actúa «*vía facti*», por hechos consumados, no quiere con ello sustituir la función de la autoridad, sino evitar revuelos innecesarios y romper inercias. Sabe, por convicción y experiencia, que obra hecha no se deshace fácilmente.

El punto de arranque es su experiencia mística. El encuentro con Jesucristo, la luz de Dios, comporta una autotestificación de que Dios mismo está en acción. El encuentro trae consigo una certidumbre que vence todas las dudas y vacilaciones. «No hayas miedo, hija, que yo soy y no te desampararé. No temas». «Heme aquí con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios... Sus palabras son obras» (*Vida*, 25, 18-19). Esta experiencia tiene una autoridad fuerte e innegable para Teresa; y sería infiel si no la reconociera como tal. Pero también sabe Teresa que debe ser contrastada con aquellos que están puestos por Dios al frente de su Iglesia. Su experiencia es para ella radicalmente verdadera, aunque eclesialmente no sea el único criterio. No puede silenciarla porque sabe, por sabiduría insondable, que es de Dios; pero no puede absolutizarla (desvincularla) de la Iglesia de Dios. Ambos campos, su espíritu y la Iglesia, son de Dios y deben estar comunicados y actuar en sintonía. Por ello, la definitiva fiabilidad de su experiencia acontece al ser reconocida y recibida por la Iglesia. En virtud del encuentro inefable con Dios se siente Teresa movida y autorizada a intervenir con su palabra dentro

de la Iglesia. Hay ocasiones en que la «parresía», el atrevimiento y la valentía de Teresa sorprenden al mismo lector de sus escritos; y a nosotros hoy nos enseña a unir la libertad del Espíritu, reclamada valientemente, con la sincera obediencia a quienes Dios designa para guiar a la Iglesia. El mismo Espíritu Santo es principio de unidad verdadera y de libertad genuina (cf. Gál. 5, 13-26)⁷.

Además de la autotestificación de Jesucristo acontecida en la experiencia mística, de la escucha de espirituales y letrados, Teresa se sensibilizó con otro criterio aprendido particularmente en la relación con San Pedro de Alcántara: *La persecución*. Todo carisma recibido de Dios para el bien de la Iglesia comporta también la cruz. No es un adorno personal, sino una misión laboriosa. ¡Cuánto padeció Teresa por ser fiel a Dios y por realizar el carisma de fundadora! Seguramente hubiera deseado desentenderse de su misión especial, pero no podía zafarse del seguimiento de Jesús, nacido pobre en Belén y muerto en la cruz totalmente despojado. La disponibilidad a cargar diariamente con la cruz y la paciencia en la persecución es una señal clara del amor de Dios y del servicio a los hermanos. En medio de los sufrimientos no perdió la alegría en el Señor (cf. 1 Ped. 1. 6-9). Sus enfermedades, que ocuparon un capítulo largo de la vida y la acompañaron siempre, no le quitaron la jovialidad.

«Toda la ley alcanza su plenitud en este precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gál. 5, 14; Rom. 13, 8-10). Amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo es el mandamiento principal y la síntesis de la ley (cf. Mc. 12, 28-34). Al amor, como el Señor nos ha amado (cf. Jn. 13, 34), tiende la oración, enseña Santa Teresa. El criterio de la genuina oración es el amor cristiano. «Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras» (7 *Moradas* 4, 6). «Torno a decir, que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas; y aun plega a Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, decrece; porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay» (ib 9). La oración es como el combustible para

⁷ Cf. R. BLÁZQUEZ, *La Iglesia en la experiencia mística y en la historia de Santa Teresa*, en: Actas del Congreso internacional Teresiano, Salamanca, 4-7 de octubre 1982, 899-926.

que la llama del amor no se apague y se acreciente. Orar para amar y adorar a Dios para servir.

Aludiendo a las hermanas Marta y María, que a veces representan en la tradición de la Iglesia la vida activa y la vida contemplativa, Santa Teresa enseña que deben andar juntas para hospedar al Señor. «Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oración... Creedme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal el hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le ayudara?» (ib. n. 14).

Santa Teresa muestra aquí su realismo evangélico. Amar, servir, seguir a Jesús con la cruz, caminar con humildad. Santa Teresa de Jesús fue una mujer particularmente agraciada con los dones que el Señor le regaló, dones de naturaleza, de historia y de gracia. Nacimiento, familia, educación; curación de enfermedades que durante años la tuvieron postrada; comunicación singular de Dios a su alma; llamada a fundar y reformar imprimiendo un sello peculiar en su obra; oportunidad para comunicar por escrito su experiencia íntima y sus recorridos por los caminos del mundo. Todo se fundió en la unidad del carisma teresiano. Su discernimiento con las comprensibles inquietudes, demoras y sufrimientos, es también prueba elocuente de que en la Iglesia son recibidos los dones de Dios y se les abre cauce en su vida y misión. En ella cabe lo nuevo y antiguo, si es genuinamente cristiano.